



BLUE  
JEANS  
LA  
CHICA  
INVISIBLE

Blue Jeans

La chica invisible

## PRÓLOGO

---

*Viernes, 19 de mayo de 2017*

Se acerca hasta su ordenador y busca un tema para escuchar mientras se cambia de ropa. Después de pensárselo durante unos segundos, selecciona *Castle on the hill*, de Ed Sheeran, su artista preferido. La de veces que las canciones del británico pelirrojo la han acompañado en su adolescencia. En momentos de soledad, de gran tristeza. En días muy duros y complicados, en los que nada iba bien. Ahora, al menos, ha encontrado una razón para sonreír. Una enorme razón repleta de emociones e incertidumbres.

¿En qué momento está exactamente?

Aurora examina su armario. ¿Qué se pone? Tampoco tiene mucho donde elegir. No le vendría mal ir de compras algún día a la ciudad. En aquel pueblo apenas existen tiendas y las que hay están pasadas de moda, como su triste y gris vestuario. Finalmente, se decide por un vaquero negro, de hace un par de años, que le está bastante ajustado y una camiseta roja que le regaló su madre las Navidades pasadas. Es de una marca desconocida, pero el dinero que entra en casa no da para más. Suspira resignada y se desnuda. Baja la mirada y contempla su vientre mientras lo acaricia orgullosa.

Hace calor, algo lógico porque el mes de mayo está lle-

gando a su fin. No disponen de aire acondicionado, solo de un ventilador que se turna con su madre. Se coloca delante del aparato y deja que el aire le dé primero en el abdomen y después se agacha para que le golpee suavemente en el rostro. Siente un alivio momentáneo. Nunca ha soportado las altas temperaturas. Prefiere el frío. Siempre ha sido así.

Una vez que se ha vestido, camina hasta el cuarto de baño. Se peina su melena castaña con un cepillo y se queja para sí misma de que el pelo no le crece todo lo rápido que le gustaría. La peluquera le mintió o no acertó con sus predicciones. Ya se lo olió cuando se vio en el espejo justo después de que le cortaran las puntas.

—Necesitabas sanearlo. No te preocupes, Aurora: en seis semanas, lo tendrás igual de largo que antes, pero mucho más bonito —le aseguró Maite, su peluquera habitual.

Y una mierda. Han pasado dos meses y medio y su cabello no ha recuperado ni la mitad de los centímetros que aquella mujer le había arrebatado con las tijeras. Su enfado fue mayúsculo, pero no se lo dijo a nadie. Ella no se queja; al menos, no en voz alta. Ha aprendido a mantener la boca cerrada. Muchas veces, mordiéndose la lengua, sellando sus labios con sangre. Simplemente, su opinión no es más que eso: una simple y estúpida opinión. ¿A quién le importa? Tal vez a una sola persona en todo el planeta Tierra. Suficiente.

Aurora abre uno de los cajones de la cómoda en la que su madre guarda el maquillaje. Necesita un pintalabios que no sea de un color demasiado intenso. No le agrada pintarse, pero aquella tarde de viernes es especial. Últimamente, el viernes es su día preferido de la semana. Así que toma prestada una barra rosa pálido y se repasa los labios con ella. A continuación, se pone rímel, que hace que destaquen más sus bonitos ojos azules. Algo de colorete para sus níveas mejillas, y se acabó la sesión de puesta a punto. Se mira al espejo

y chasquea la lengua. Aunque nunca se ha visto guapa, no está mal. Se conforma con lo que ve.

Antes de salir de la casa, recibe un WhatsApp.

«¿Vienes ya? No podré estar mucho tiempo. Hasta las nueve como máximo. Date prisa».

Aurora comprueba que son casi las ocho. Menos mal que solo está a cinco minutos del lugar en el que han quedado. Responde que va enseguida.

Sale a toda prisa de su casa y se dirige al instituto en el que estudia primero de bachillerato. Camina veloz, distraída. Tan ensimismada en sus pensamientos, que no ve a su vecina pese a cruzarse con ella. La señora Ofelia López, una simpática mujer que la ha visto crecer y que debe de rondar las setenta primaveras, grita para llamar su atención.

—¡Aurora! ¿Adónde vas tan ligera?

—A comprar leche, doña Ofelia —le miente. Si alguien supiera la verdad...

—¿Con los ojos y los labios pintados? ¿No te me habrás enamorado del Narciso?

La chica sonrío tímida y mueve la cabeza negativamente. Narciso, el dueño de la tienda de ultramarinos del barrio, suma más de cincuenta años, está casado y tiene dos hijos gemelos de su edad a los que conoce de toda la vida, aunque hace mucho que no habla con ellos. En realidad, todos en aquel pueblo se conocen o creen conocerse. Como en cualquier lugar pequeño, los secretos y los rumores están presentes en cada familia, aunque nadie podría determinar qué es cierto y qué no.

Son cuatro calles las que recorre hasta llegar al instituto. La puerta de entrada está abierta. Algunos profesores tienen tutoría y también siguen allí los alumnos que van a clase por

la tarde, todos ellos mayores de dieciocho años.

Con sigilo, procurando que nadie la vea, la chica entra en el Rubén Darío, pero ignora el edificio principal y se dirige hacia la parte trasera, donde se encuentran la pista de baloncesto y la de fútbol sala. Normalmente, no hay nadie por allí a esa hora. Sin embargo, esta vez no es así. Un chico está lanzando a canasta. Rápidamente lo reconoce. Va a su clase. Joder. ¿Y ahora qué hace? No quiere que la vea. No le queda más remedio que aguardar a que se marche. Se refugia tras unos matorrales y envía un WhatsApp.

«Ha surgido un problema. No puedo ir al vestuario porque alguien está jugando al baloncesto. ¿Nos vemos en otro sitio?».

La joven espera ansiosa una respuesta que no llega. ¿Qué le habrá pasado? Siente la tentación de marcar su número, pero no lo hace. A ese acuerdo llegaron. Nada de llamadas telefónicas.

Los minutos continúan pasando y empieza a ponerse nerviosa. Escribe otro mensaje.

«¿Estás bien? ¿Por qué no respondes? ¿Dónde te has metido?».

Justo en el instante en que Aurora envía el WhatsApp, el joven que juega al baloncesto recoge sus cosas y se marcha de la pista. Vía libre. Cuando está convencida de que nadie la puede ver, corre hacia el cuarto que el instituto utiliza como vestuario: un viejo almacén, bastante amplio, en el que el centro instaló duchas y que está acondicionado adecuadamente para que los chicos se cambien allí dentro. Aurora abre la puerta y se mete. Es una suerte que desde hace varios meses la cerradura permanezca rota y nadie se haya preocupado de arreglarla. ¿Para qué? Allí no hay nada de valor y

contratar a un cerrajero costaría una cantidad de dinero que el instituto seguro que prefiere emplear en otras cosas.

Todavía no es de noche, así que no necesita encender la luz. Se sienta en una de las banquetas y busca en el bolsillo del pantalón un caramelo de menta. Le quita el papel y se lo mete en la boca. Mientras lo chupa, revisa otra vez el móvil. No hay ningún mensaje nuevo.

—¿Dónde estás? —susurra impaciente al descubrir que son casi las ocho y veinte.

Resulta muy extraño que no aparezca. Seguramente le haya surgido algún tipo de imprevisto y no la ha podido avisar. Trata de no ponerse tensa. Se resigna e intenta entretenerse mirando fotos y leyendo mensajes que conserva en su teléfono. Le prometió que los borraría, pero no lo ha hecho.

«Hola. Esto que vamos a hacer es una locura. Pero estoy deseando pasar un rato a solas contigo. Solo tú y yo. Te veo a las siete y media en el vestuario. Por favor, sé discreta y que no te vea nadie. Hasta luego, Aurora».

Es un WhatsApp que le envió hace algo más de dos meses. Fue uno de los días más maravillosos de su vida. La chica sonríe al ir pasando un mensaje tras otro. Se detiene en una fotografía en la que...

De repente, escucha pasos. Se pone de pie y se acerca hasta la puerta. ¡Por fin! El rostro se le ilumina y sus ojos azules vuelven a brillar.

La puerta se abre y la expresión de Aurora cambia en cuestión de un segundo. Confusa, da un par de pasos hacia atrás. Se traba con sus propios pies y cae al suelo. No comprende absolutamente nada.

—Hola. ¿Y esa cara? ¿Es que no soy la persona a la que esperabas?

## CAPÍTULO 1

---

*Viernes, 19 de mayo de 2017*

—¿Alguna vez te he dicho que me encantan tus ojos color avellana?

—Julia, vete a paseo.

—No, en serio. Tienes una mirada superinquietante.

Emilio enarca las cejas sorprendido por las palabras que le dedica su amiga, que se echa a reír al otro lado de la pantalla. Llevan media hora hablando por Skype: han decidido tomarse un descanso de derivadas y perífrasis verbales.

—Una mirada superinquietante... Eso sí que no me lo habían dicho nunca —comenta el joven, que, con la mano derecha, revuelve su cabello tintado de azul y con la mano izquierda se pone otra vez las gafas—. Te noto excesivamente feliz. Te recuerdo que pronto empiezan los exámenes finales y nos jugamos el curso.

—Ya lo sé. ¡Que comiencen los septuagésimo primeros Juegos del Hambre! —bromea Julia mientras alcanza el cubo de Rubik que tiene al lado.

—Insisto: ¿por qué estás tan contenta? ¡Tenemos que estudiar mucho! ¡Estoy agobiadísimo!

—No gano nada preocupándome más de la cuenta, ni poniéndome nerviosa. Y tú tampoco.

—Claro. Para ti es muy fácil.

—Emi, te he repetido un millón de veces que, para sacar buenas notas, me tengo que esforzar como cualquiera —responde la joven templando su tono de voz.

—Pero tienes una ventaja que los demás no tenemos.

—Una ventaja que hay que saber administrar. Por muy lista que sea y muy buena memoria que tenga, sin trabajo y esfuerzo no se consigue nada.

Y, esbozando media sonrisa, le muestra a su amigo el cubo de Rubik resuelto: cada cara, con su color correspondiente. Cuarenta y siete segundos ha tardado en hacerlo.

Cuando sus padres la llevaron al psicólogo con cinco años, ya sospechaban que aquella niña era especial. Acertaron. Las pruebas determinaron que el cociente intelectual de Julia era muy alto, de los más altos que habían visto; y su memoria, prodigiosa. Además, aquella adolescente de dieciséis años es muy intuitiva y observadora. Le encanta el violín, que ha aprendido a tocar mediante tutoriales de YouTube, jugar al ajedrez y leer libros de misterio. Y, por supuesto, resolver una vez tras otra el cubo de Rubik.

—Ya me gustaría tener a mí tu mente maravillosa.

—Ya a mí tus ojos avellanados y tu mirada inquietante.

—¡Qué graciosa estás hoy! —exclama Emilio, que fuerza una sonrisa.

—No te lo tomes a mal, hombre. Ya paro. Aunque intente convencerme de lo contrario, también estoy un poco nerviosa por los finales. ¿Quedamos mañana para estudiar juntos?

El chico hace como que se lo piensa: coloca las manos en el mentón y, a continuación, se ajusta las gafas. Mira a la cámara y sonrío.

—Vale. En tu casa, que en la mía mis padres nos volverían locos.

—Seguro que no es para tanto.

—Eso lo dices porque no vives con ellos. Son muy pesados. Dicen que soy un friki y que no salgo de mi habitación.

—Y es verdad, Emi. Eres un friki y solo sales de tu cuarto para ir al instituto. ¡Si hasta te subes la comida en una bandeja!

—Porque me pone nervioso que el perro esté baboseando a mi lado en la cocina mientras comemos.

—Al bueno de Cásper lo tienes desde hace cuatro meses y llevas haciendo eso desde que te conozco.

—También es por mis padres. Ellos creen que soy una especie de bicho raro. Pasan mucho de mí y, cuando estoy con ellos, se meten conmigo y no paran de hacerme preguntas extrañas. Sinceramente, prefiero estar solo.

Ahora Julia no hace bromas. Conoce bien a Emilio y aquel asunto le afecta de verdad. Nunca ha sido un chico «normal», ni muy sociable. Eso, en un pueblo pequeño, significa cavar tu propia tumba. Sin embargo, a ella le cayó bien desde el primer instante. Ya han pasado casi tres años desde que se mudó a aquella localidad y Emi apareció en su vida. Incluso, en su día, hasta llegó a gustarle. Le parecía un tío interesante, distinto y, aunque no era guapo, sí poseía cierto atractivo. Pero aquellos sentimientos se habían ido transformando a lo largo del tiempo. Lo que antes eran sonrojos y mariposas en el estómago cuando hablaba con él se ha convertido en confianza y buen rollo. Pura amistad, sin más pretensiones.

—Mañana por la mañana no estarás solo. Vente pronto y te invito a desayunar.

—No quiero madrugar en fin de semana.

—No vamos a madrugar. ¿Te parece bien a las diez?

—Diez y media.

—Hecho. Diez y media —acuerda Julia sonriente—. Te tengo que dejar ya. Está invadiendo mi habitación el olor de la cena y me muero de hambre.

—¿Todavía no has cenado?

—No. Estábamos esperando a mi padre. Creo que acaba de llegar, he oído la puerta. ¡Mañana a las diez y media! ¡Que no se te peguen las sábanas!

—Vale. Adiós.

—¡Adiós!

La chica sale de Skype y reclina la pantalla del portátil. Inmediatamente, se guarda el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y baja las escaleras con las prisas que le da el hambre. En la entrada de la cocina, junto a su madre, ve a un hombre alto que se desabrocha un botón de la camisa, exhausto tras una larga jornada laboral. Ese mes de mayo se han cumplido tres años desde que Miguel Ángel ejerce como sargento de la Policía Judicial en aquel lugar. Cuatro meses después, él, su mujer y su hija se trasladaron definitivamente allí y establecieron su hogar en el pueblo.

—Ya era hora, papá —dice Julia mientras se acerca a su padre para darle un beso—. ¿Por qué has llegado tan tarde?

—Un accidente de tráfico. Se lo estaba contando a tu madre.

—¿Un accidente? ¿Ha habido muertos?

—No, por suerte solo un herido leve. Ha sido un atropello —comenta Miguel Ángel antes de dirigirse a las escaleras—. Me cambio de ropa y os lo explico durante la cena.

—Pero ¿a quién han atropellado?

El hombre no responde y sube deprisa a la primera planta de la casa, donde se encuentran los dormitorios.

—¿Tú sabes a quién han atropellado? —le pregunta la chica a su madre.

—No me lo ha dicho. Menos mal que no ha habido víctimas mortales. En caso contrario, lo más probable es que hubieras tenido que pedir una pizza para cenar.

La media sonrisa de Aitana sorprende a su hija, que nie-

ga con la cabeza. A veces no entiende el sentido del humor oscuro que tiene su madre.

—Mamá, eres forense. No deberías hacer bromas de ese tipo.

—¡Si ha sido una tontería! La muerte es algo muy serio. Sobre todo para el que se muere.

—¡Mamá!

—¿Qué pasa?

—Que no sigas con esa clase de... Oye, ¿no huele a quemado?

—¡La lasaña!

La mujer da media vuelta y entra en la cocina a toda prisa. Julia va tras ella. Del horno sale un humillo negro que empieza a extenderse por toda la casa. Aitana se cubre las manos con dos guantes y saca la bandeja con la cena. La parte de arriba está completamente chamuscada. Y la de abajo, también.

—Esto es cosa del karma —se lamenta la mujer, resignada al comprobar que aquello es incomedible—. Al final tendremos que pedir una pizza para cenar.

La chica resopla. Tiene muchísima hambre y el servicio a domicilio de la única pizzería con la que cuenta el pueblo suele ser bastante lento. Mira el reloj: son casi las once de la noche.

—¿No hay nada en el frigorífico que podamos preparar en un momento?

—Nada. Ha sido una semana de locos. Mañana iré con tu padre al centro comercial y llenaremos la despensa. ¿La quieres con piña?

Julia asiente con la cabeza. Por lo visto, todavía tardarán un buen rato en cenar. Pero no puede reprocharle nada a su madre, y tampoco a su padre. Los dos trabajan muchísimas horas al día. En ocasiones, más de las que les tocan. No tie-

nen profesiones fáciles. Y, si se presenta una urgencia, deben acudir en cuanto reciben el aviso. Aitana lleva ejerciendo cinco años como forense en la región. Trabaja en la ciudad, pero cubre todos los municipios de alrededor. Por su parte, cuando Miguel Ángel fue ascendido a sargento de la Policía Judicial de la Guardia Civil, sus funciones y responsabilidades se multiplicaron, lo que también ha provocado que pase menos tiempo en casa.

A la vez que su madre pide las pizzas por teléfono, sueña su móvil. Julia lo saca del bolsillo trasero de su pantalón y descubre que aquel número no lo tiene registrado entre sus contactos. Vacila un instante, pero termina respondiendo.

—¿Sí?

—¿Julia?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Hola, buenas noches. Soy Vera, la madre de Aurora, la chica que va contigo a clase. Me ha dado tu teléfono Patricia Herrero, vuestra compañera.

No había reconocido su voz. En realidad, no tenía por qué hacerlo, ya que apenas ha hablado con aquella mujer un par de veces.

—¡Ah! ¡Hola! ¿Qué tal?

—Preocupada. ¿Está mi hija contigo?

A la joven le extraña que la madre de su compañera de instituto le pregunte por ella. No le cae mal, pero no son amigas. De hecho, Aurora apenas habla con nadie. A veces da la impresión de que ni está. Emilio y ella la llaman «la chica invisible».

—No, no está conmigo. La última vez que la vi, fue al salir de clase.

—Vaya. Es muy raro que no esté en casa a estas horas. Siempre me la encuentro cuando regreso del trabajo. Y la he

estado llamando al móvil, pero lo tiene desconectado. ¿No sabes dónde puede estar?

—No, lo siento —se limita a contestar Julia, que se siente muy confusa.

Se produce un silencio tenso en la conversación. La chica intenta recordar algo con lo que ayudar a aquella mujer. Aurora es una persona solitaria, silenciosa y que no suele relacionarse con nadie en los recreos. Solo en una oportunidad tuvo contacto directo con ella. Fue al comienzo de aquel curso, cuando les tocó hacer un trabajo en grupo. Eran cuatro: Patricia Herrero, Yi Lin y ellas dos.

—Julia, perdona que te haga esta pregunta —dice Vera, titubeante—. Nunca me ha gustado meterme en la vida privada de Aurora, pero ¿tú sabes si tiene novio o conoces el nombre de algún chico con el que pueda estar?

—Pues... —Está a punto de responderle que es imposible que aquella chica tenga novio porque no se relaciona con nadie en el instituto. Sin embargo, se contiene—. Que yo sepa, no. No la he visto con ningún chico.

—¿Y por Internet? Las cosas han cambiado mucho en los últimos tiempos. ¿No te ha dicho nunca nada de algún lígüe que haya conocido en Twitter o Instagram?

—No. Lo siento. Si es así, a mí no me lo ha contado.

El suspiro largo y profundo de Vera se oye al otro lado de la línea. A Julia le empieza a preocupar también la situación. ¿Dónde estará Aurora? No cree que se encuentre con alguien de su clase, estudiando para los exámenes finales. Tampoco se la imagina en la casa de ningún chico con el que esté saliendo.

—Bien. Gracias por todo. Y perdona las molestias.

—No se preocupe. Seguro que aparece pronto. Habrá ido a alguna parte y se habrá entretenido.

—Eso espero. Buenas noches, Julia.

—Buenas noches.

Cuando se despidió de Vera, la chica se queda inmóvil unos segundos. Tiene un mal presentimiento. Es la voz de su madre la que la devuelve a la realidad.

—¿Todo bien? ¿Quién era?

—La madre de una chica de mi clase, Aurora Ríos. No sé si te acuerdas de ella: vino un día a casa para hacer un trabajo. No suelo ir demasiado con ella.

—Me suena, aunque no le pongo cara. ¿Qué quería su madre?

—Saber si estaba conmigo o sabía algo de ella. Cuando ha llegado del trabajo, no la ha encontrado en su casa.

—Es viernes. ¿No ha podido salir de fiesta?

—Puede ser, pero no me imagino a Aurora saliendo de fiesta. Ella es... ¿Cómo explicarlo? Poco sociable.

—¿Quién es poco sociable? —La voz grave de Miguel Ángel irrumpe en la cocina—. ¿A qué huele?

El hombre enseguida descubre la bandeja con la lasaña chamuscada. Observa a su mujer con los brazos extendidos y los ojos muy abiertos.

—No te preocupes, he llamado a la pizzería —lo tranquiliza Aitana.

—¿A qué hora llegan?

—En treinta minutos. O eso es lo que me han asegurado. Te la he pedido con anchoas y aceitunas negras.

El hombre retira una de las sillas de la mesa de la cocina y se sienta en ella. Fija los ojos en Julia, que parece distraída.

—¿Qué ocurre? —le pregunta—. ¿Todo bien?

—No lo sé. Me ha llamado la madre de una chica de mi clase. Está nerviosa porque su hija no está en casa y eso no es habitual en ella.

—¿La ha llamado al móvil?

—Sí, pero le sale desconectado.

—En este pueblo la cobertura es horrible. ¿Has dicho que va contigo al instituto? ¿Quién es?

—Se llama Aurora.

—¿Aurora Ríos? ¿La hija de Vera Domínguez?

—Sí. ¿Sabes quién es?

—Claro. Su padre se fue de casa justo la semana de mayo en la que me ascendieron. Vera se pasó por la comisaría para contarnos lo que sucedió. Yo mismo la atendí.

Miguel Ángel les explica a Julia y a Aitana lo que aquella mujer le contó hace ya tres años. Tenía miedo de Bernardo, su exmarido. Juró que nunca le había puesto la mano encima; sin embargo, varias veces la amenazó con marcharse y llevarse a la chica con él. Finalmente, sí que se fue, pero Aurora se quedó con su madre. El hombre desapareció y ni siquiera luchó por la custodia de su hija.

—Esa chica sufrió mucho. Ya sabéis todas las cosas que generan los casos así en los pueblos —concluye el hombre—. La gente habla de más.

—Y los hijos siempre son los que peor lo pasan en la separación de sus padres —añade Aitana.

—¿Crees que Bernardo puede tener algo que ver con la desaparición de Aurora? —pregunta alarmada Julia.

—No podemos hablar todavía de desaparición. Seguramente esa chica aparezca esta noche. Habrá salido a dar una vuelta.

—Su madre dice que no sale por las noches.

—Quizás hoy ha cambiado de opinión y está por ahí pasándose en grande —insiste Miguel Ángel—. Ya verás como todo se queda en una anécdota.

Julia asiente, pero no puede quitarse a la chica invisible de su cabeza. Sigue creyendo que algo no va bien. En cualquier caso, no puede hacer nada. Mañana, a primera hora, llamará a Vera para asegurarse de que todo ha sido una falsa alarma.

—Cambiando de tema, me estabas contando antes lo del accidente. ¿A quién han atropellado? —interviene Aitana, interesada—. ¿Es del pueblo?

—Sí. Es un chaval de aquí. Pero solo tiene rasguños y una muñeca dislocada. Iba en bicicleta y un coche se lo ha llevado por delante. Es un milagro que no se haya hecho nada grave. Tal vez lo conozcas, Julia. Es un año mayor que tú. Va a segundo de bachillerato en tu instituto. Se llama Iván Pardo.

La chica palidece en cuanto escucha el nombre de la víctima del atropello. No puede creérselo. ¡No puede creer que sea el mismo Iván del que lleva tantos meses enamorada!